

además, la condición de muy excelente periodista, como antes queda dicho.

Sería muy deseable que Eduardo de Guzmán pudiese ofrecer un relato completo de la guerra que él vivió, y no sólo del principio y el final. Y sería también deseable que estos concursos sirviesen de estímulo a otros muchos, de uno y otro bando, que supieran, como lo hace Guzmán, relatar sin renegar. Quizá una crítica histórica de todos estos libros pudiese ayudar a poner en su punto la exactitud y la situación general de los acontecimientos relatados dentro de la totalidad de nuestra guerra civil. Pero nada podrá igualar la emoción directa del relato por su espectador y a veces protagonista.

Un libro de Consuelo Berges

«Yo estoy enamorada de Stendhal... Es un amor póstumo y tardío», ha dicho Consuelo Berges (1). Y ciertamente amor (un amor al que ha llegado a través de exhaustivo conocimiento) es lo que prueban los hechos desde la ejemplar traducción de la obra completa del escritor (publicada en América por Aguilar, porque aquí hubo un tiempo en que eran enemigos los libros de Stendhal como, según éste, eran para la Iglesia francesa los libros en general) (2), pasando la continuada dedicación al tema (es miembro de la Asociación de Amigos de Stendhal, asidua a congresos, autora de una biografía del personaje,

(1) «Traducir en E es llorar», excelente entrevista de César Alonso de los Ríos; ver TRIUNFO número 469.

(2) «La Iglesia de Francia parece haber llegado a la conclusión de que su peor enemigo es el libro», Stendhal, «Rojo y negro», primera parte, capítulo XXVI.

etcétera), hasta su más reciente libro (Tusquets Editor), publicado con una portada donde falta el nombre de la autora y donde se ha colocado el título «Una interpretación sensual del arte», por encima del de «Clima geográfico e histórico en las artes».

Porque al hablar del arte Stendhal, muy dentro de la tradición fran-



Consuelo Berges.

cesa (Bodin y Montesquieu, por ejemplo), se inclina por una especie de teoría del medio físico. Y así señalará Consuelo Berges que para él «la planta música, como la planta pintura, nace y crece a sus anchas en las soleadas tierras meridionales». La autora ve una influencia del doctor Cabanis en esta «interpretación térmica y fisiológica del hecho artístico», quien tal vez jugaría un papel semejante al del inglés Arbuthnot, de quien se ha dicho que con sus «Efectos del aire sobre el cuerpo humano» influyó en la teoría de los climas de Montesquieu.

Claro está que este determinismo no es tan simple. En la «Historia de la pintura en Italia», primera de las obras antologizadas por Consuelo Berges, Stendhal escribe: «Se necesitaba un pueblo rico, lleno de pasiones y soberanamente religioso. Un encadenamiento de azares únicos dio origen a este pueblo, y le fue dado sentir un vivo deleite ante unos colores extendidos sobre un lienzo». E indica más adelante: «Se calcula que el capital que empleó Italia en objetos piadosos

equivale al valor de todas sus tierras».

Stendhal relaciona el arte más con el mundo de la sensibilidad y con el temperamento que con el mundo de la inteligencia. La estética que le interesa es una de tipo expresionista, capacitada para relatar o provocar la pasión, algo tan afín a un hijo del siglo que vivió la Revolución y el Imperio. Los vivió y, algo después escribió, pero no fue leído hasta mucho más tarde, como él mismo profetizó («Seré leído hacia 1880»). Y como lo es hoy, ciento treinta años después de su muerte. ■ VICTOR MARQUEZ REVIERGO.

La prehistoria inglesa de la burguesía

Contadas épocas de la Historia general de Europa pueden compararse, en cuanto a enseñanzas políticas, con el siglo XVII en Inglaterra: una centuria de acontecimientos sorprendentemente modernos que influyeron más tarde en la evolución democrática de Occidente. Los límites son la muerte de dos Reinas —Isabel, en 1603, y Ana, en 1714—, fechas que encierran un período del que saldría la Gran Bretaña preparada para ser una gran potencia. Tras este siglo de insurrección de la burguesía, apoyada por el pueblo, contra el feudalismo, ya no pudo subsistir la monarquía absoluta ni otras trabas que entorpecieran la expansión económica que impulsó al Imperio británico. Años convulsos de luchas religiosas, con enfrentamientos entre el Rey y el Parlamento, guerra civil, condena a muerte de Carlos I, revolución —que da la pauta a la francesa siglo y medio después—, proclamación de la república por la Cámara de los Comunes, que no

tarda en confiar el poder a Cromwell, y en el año 1688 otra revolución burguesa en la que ésta llega a un compromiso con la aristocracia, la cual acepta participar en la conquista del comercio mundial.

Esta etapa histórica ha sido objeto de una investigación perseverante por J. E. Christopher Hill, profesor de Oxford, especialista en los siglos XVI y XVII, cuyas publicaciones sobre este tema comenzaron en 1940 con «The English Revolution, 1640» y siguieron hasta 1967, fecha en que aparece su esclarecedor —incluso como normativa para interpretación de épocas posteriores—, «Intellectual Origins of the English Revolution». Sus anteriores monografías sobre el tema culminan en «The Century of Revolution», ahora traducido al español (1) de la quinta edición inglesa.

«El siglo de la revolución» analiza detalladamente en los distintos sectores de la vida inglesa, el gran esfuerzo de la clase media por romper los privilegios de la nobleza y convertirse, a través de un considerable desarrollo de la industria, de la minería, del comercio marítimo, en clase dominante. Del postrer acuerdo de los burgueses mercantilistas de las ciudades y la aristocracia, quedarían las clases inferiores reducidas a la carencia y la miseria que sólo el siglo XX mejoraría, y que estremecieron, en el XIX, a Owen o a Dickens.

Podemos hallar en esa época (eminente pragmática) los orígenes distantes del espíritu burgués, creador de características que se imponen allí donde se forma esta clase, y que sólo en años recientes vemos decaer. Es proverbial el formalismo de los valores burgueses, un ideal de austeridad, de diligencia en

(1) Christopher Hill, «El siglo de la revolución». Editorial Ayuso. Madrid, 1972.

el trabajo, de severidad en el vestir, de urbanidad, como distintivo del perfecto comerciante, en todo lo que no es difícil hallar la huella puritana inglesa. Y a la vez, la despersonalización: que en la convivencia de la relación mercantil no aparezcan los factores subjetivos (esto es: el descontento, la acusación), actitud a la que los románticos se negaron con su proclamación de lo afectivo, de lo apasionado, que más tarde opondría a la circunspección burguesa. Comprobamos que toda burguesía —hasta en la que estamos sumergidos— se atiene a esos patrones ingleses de afeitado diario, traje con chaleco, porte mesurado, esposa hogareña, dedicación a la empresa mercantil y predominio del sentido común. Ese siglo XVII inglés es ya nuestra época, la que todos hemos conocido («Nos encontramos ya en el mundo moderno: el mundo de los Bancos y de los cheques, de los presupuestos, de la Bolsa, de la prensa periódica, de los bares, de los clubs, de los ataúdes, de los microscopios, de la taquigrafía, de las actrices y de los paraguas», página 347). Pero a la vez, un siglo que en plano de las ideas empieza bajo la sombra de Shakespeare y cuyo final ve nacer a Addison, a Defoe, a Swift, al satírico Pope; en él viven Locke y Milton, el exaltado defensor del pueblo, del Parlamento, de la libertad de prensa. Un siglo al que Bacon da la norma científica, positivista, experimental, para aplicar la ciencia a la mejora de la vida humana, con su libro «The Great Instauration», que, aunque se ha considerado como una contribución a la lógica, es también un método para renovar con criterios modernos la producción y la técnica (2).

(2) Benjamin Farrington, «Francis Bacon, filósofo de la revolución industrial». Editorial Ayuso. Madrid, 1971.

En la medida en que esta revolución está formando aún nuestra actualidad, el libro de Christopher Hill, a parte de ser excelente sistematización de un material histórico concreto, es también la introducción a los antecedentes de la burguesía europea. ■ JUAN EDUARDO ZUNIGA.

De un extraño silencio...

Tal es, en efecto, el que parece rodear la obra novelística de Marín Morales, de quien no hace mucho me llegó la colección de narraciones *Gota a gota*, publicada en «Nueva narrativa hispánica» de Seix Barral. Tercera obra narrativa de un autor que, a mi entender, destaca no sólo por la singularidad de su elaboración creadora, sino también por el vigor dramático de su mundo y trasfondo novelesco, por el que se siente pasar a veces como un eco del aliento que animara la obra truncada de Martín Santos —detalle, por cierto, en el que no creo que se haya reparado, a pesar de los lamentos con que los habituales reseñadores literarios han echado de menos una «continuidad» de la obra malograda de aquel autor. No creo exagerado, pues, hablar de silencio o de olvido al referirme a la obra de Marín Morales, víctima en parte quizá de su propio temperamento de escritor.

Marín Morales es autor de ritmo lento. Su carrera literaria la inicia, ya en plena madurez, cuando su primera novela, *Donde el hierro se hace luz*, fue seleccionada para el Premio Nadal de 1959, y publicada por Ediciones Balafré en julio del 60. Su segunda novela, *Carril de un cuerpo*, no aparecería hasta ocho años después; mientras que entre ésta y la última (*Gota a gota*) han trans-